

San Juan Crisóstomo

Comentario

(Cf. *Opus imperfectum* sobre el Evangelio de San Mateo, hom. 41: PG 56,859-866).

A) Desposorios de Cristo y el alma

El reino de los cielos es semejante a un rey que preparó el banquete de bodas de su hijo (Mt. 22,2). 'Se llama hombre rey a Dios Padre, aunque nunca recibió la forma humana, y la parábola es motivo de ello...

Resulta útil demostrar brevemente, acomodándonos al sentido de las Sagradas Escrituras, cómo las almas de los fieles que han de unirse a Cristo en aquel día celebran mientras tanto sus desposorios. Todo bien es vida y la vida es Cristo. No hay ningún mal que sea realidad, sino que todos son nada. Por lo tanto, todo lo que es vivo sobre la tierra vive con la vida, y nada puede servir si no goza del espíritu vital. Del mal no puede salir ningún ser; sin embargo, puede hacerlo perder sustrayendo el bien de las cosas e inclinándolas hacia la nada. Luego aquellas cosas en las que sólo se encuentre el bien, son vivas e inmortales, y aquellas en las que el bien y el mal están mezclados, viven mientras que el bien habita en ellas y mueren en tanto que el mal las domina, tratándose de cosas mortales como lo es el hombre...

El hombre ha sido creado con una mezcla de bien y mal, para que, despreciando el mal, siga el bien y reciba el premio de su libre elección; pero si desprecia el bien y se abraza con el mal, entonces merecerá la condenación eterna. Si, por el contrario, abandona el mal y se abraza con el bien, al morir su carne se hallará libre de todo mal y en la resurrección futura de los santos se verá lleno de aquella vida que es Cristo, y será absorbida su mortalidad por la inmortalidad del Señor, como deseaba San Pablo (1 Cor. 15, 53-54)'. Tal será el matrimonio perfecto de Cristo con el hombre. Hecho uno con su alma vivifica la carne de todos.

'Ahora recibimos unas pequeñas prenda del futuro matrimonio, que es el Espíritu Santo, y cuando llegue éste recibiremos plenamente en nosotros al mismo Cristo'.

B) El banquete de la palabra de Dios

Envío a sus criados a llamar a los invitados (Mt. 22,3). Habían sido invitados antes, puesto que ahora los llama. Veamos cuál es el banquete. El banquete es la doctrina de la justicia y la predicación de la fe. Así como el alimento ha de ser bien deglutido y asimilado, así también la predicación ha de ser considerada y

retenida en nuestra memoria y en nuestro corazón, si es que ha de aprovecharnos. El hombre espiritual y santo es el que oyendo la palabra la medita, y después de entendida la confía a su memoria... El hombre inmundo delante de Dios es el que ni recuerda ni medita lo que oye. El que come en este banquete espiritual se llena el espíritu, ve ensancharse sus sentidos, se alimenta en la verdad, se enriquece en la fe y penetra de este modo en los secretos interiores de la voluntad de Dios, donde, permaneciendo, adquiere la vida eterna. El que se distrae y marcha lejos de este banquete de la predicación, ve su espíritu vacío, se estrechan sus sentidos, fáltale la verdad, marchitase la fe y, saliéndose de Dios, cae en la muerte.

C) La invitación

La primera invitación ocurrió en tiempos de Abraham, cuando Dios quiso que abandonara su hogar y parentela para establecerse en una tierra que manaba leche y miel (Gen. 12,1-2). Ciertamente que esta tierra no era Palestina, sino Cristo, que da a todos el alimento fácil de los milagros y la miel dulce de su doctrina (Sal 118,103). Los judíos para ir a él habían de dejar su parentela, esto es, aquellos ritos de la circuncisión, que les unía como en una familia, y su tierra, o sea la estrechez judaica; pero también nosotros, para comer el banquete de Cristo, debemos abandonar nuestro padre y nuestra madre (Mt. 19,29) y hasta a nosotros mismos (Lc 9,23). 'Abandona su familia no el que la desprecia, sino el que ama a Dios más que a sus padres. Abandona su tierra el que no sigue la voluntad de la carne'.

Se comenzó a preparar este banquete en tiempos de Moisés, cuando se dió aquella ley del Señor: *sapientiam praestans parvulis iustitiae Domini rectae, laetificantes corda; praeceptum Domini lucidum... timor Domini permanens in saeculum saeculi* (Sal 18,8-9), y cuando se promulgaron las dos hermosas tablas de los mandamientos.

En aquel tiempo comenzaron a salir los enviados a repartir invitaciones para las nupcias del futuro Esposo, Cristo, pero los judíos no quisieron ir.

Después llegaron otros siervos, los Apóstoles, que debían recorrer las casas de Israel antes de predicar a las gentes o ciudades de Samaria (Mt. 10,5-7), pero tampoco fueron oídos.

Los toros y animales cebados son los santos de uno otro Testamento, profetas, apóstoles y mártires, que su doctrina y su sangre han sido alimento del banquete de la Iglesia.

D) Muerte de Los profetas

Los ultrajaron y les dieron muerte (Mt. 22,6). Nadie creyó a los profetas y

apóstoles, ni aun al mismo Cordero, Cristo, hasta después de muertos. '¿Quién oyó o creyó las palabras de Isaías vivo? Si hubieran creído su predicación no le hubieran aserrado, pero después que fue muerto los judíos acataron sus profecías y comenzaron a leerlas en las sinagogas. ¿Quién escuchó a Jeremías cuando vivía?... Por eso el Señor dice a los judíos: *Edificáis sepulcros a los profetas... y decís: Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas... Colmad, pues, la medida de vuestros padres, serpientes, raza de víboras...* (Mt. 23, 29-33)'.

E) Abundancia del banquete

El banquete está dispuesto (Mt. 22,8). En este banquete encontrarás todo lo que es necesario para la salvación. Si eres ignorante, maestro; si eres contumaz en el pecado, las amenazas del juicio; si estás agobiado de trabajos, las promesas de vida feliz y eterna; si eres cobarde, doctrina sencilla; si eres magnánimo, grandes consejos que te acerquen a la vida de los ángeles; si estás herido, la medicina espiritual que te devuelva la salud. En la predicación encontrarás los ejemplos que, repartidos por toda la Sagrada Escritura, proponen el remedio para cada pecado.

F) Las excusas

Las excusas que propone el evangelista pueden ser interpretadas de dos maneras.

Veamos la primera. Todos los actos del hombre están comprendidos en aquel trabajo del campo o en los negocios. El campo supone el trabajo honrado y honesto que tanto recomendaba San Pablo (1 Thes. 4,11), y los negocios, el amor exagerado a las ganancias y honores. Pero entonces, me diréis, ¿el trabajo honrado del campo también es un pecado? Si te entregas a él de tal manera que se vuelva un impedimento para tu fe, sí que lo serán. 'No es el cultivo del campo pecado, sino que tú lo prefieras a Dios... Las obras de la justicia, obras auténticas, deben ser ejecutadas cuidadosamente; las obras terrenas, como de paso, y aquellos que en su trabajo honrado no dieran a Dios el honor debido, merecerán la ira'.

También puede entenderse por finca de campo el trabajo de los hombres del mundo, y por negocios la predicación vana de los sacerdotes que se cuidan más de sí mismos que de Cristo.

Los invitados, unos desprecian a los predicadores y otros los maltratan. Entre los primeros están los que viven tan metidos en sus afanes que ni siquiera escuchan la predicación; entre los segundos, los perseguidores.

G) Castigo y vocación universal

Dios castigó a los judíos enviándoles el ejército romano; después llamó a los que andaban repartidos por todos los caminos.

¿Qué caminos son éstos? Hay un camino real, que es Cristo, y otros muchos secundarios que llevan a El y de El al Padre: las virtudes. Además de este camino existe también otra carretera principal, que es el demonio, con todos sus ramales: los vicios. Dios envió a sus mensajeros para que, sin preocuparse de si los hombres son libres o esclavos, puesto que 'la servidumbre no ha sido introducida por disposición divina, sino por la violencia humana, y el hombre ha sido creado libre, siendo él quien se hizo esclavo, y no hay diferencia alguna en la naturaleza humana que justifique el que hubiera diferencia en la vocación, recorriesen todos los caminos y se dirigesen a los buenos para confirmarlos y a los malos para llevarlos al camino de Cristo. Nadie perecerá ya por ignorancia; todos verán la luz y sólo la rechazará el que quiera ser hijo de las tinieblas'.

H) El hombre sin el vestido nupcial

Visita el Señor el banquete el día del juicio, y el vestido nupcial es el de aquella fe verdadera que, según San Pablo, consiste en 'despojarse del hombre viejo con todas sus obras, que se corrompen según la concupiscencia, vistiéndose del hombre nuevo (Col. 3,9-10) *creado según Dios en justicia y santidad verdaderas* (Eph. 4,24)'. *En la justicia y santidad verdaderas* que es la fe. Los vestidos, pues, del hombre viejo son las obras sórdidas, inmundas y corruptibles de la carne; los vestidos hermosos del hombre nuevo son las obras de la fe. 'El que ejecuta obras de las tinieblas y vive entre los cristianos como uno de ellos, injuria a la cristiandad. Elija, pues, el hombre el vestido, según el lugar en que vive o el lugar según el vestido que lleva, esto es, según acomode las obras a la fe o la fe a las obras. El que quiera ser de Cristo, ejecute las obras de Cristo, y el que no quiera hacer las obras de Cristo, que no venga a El, porque, de lo contrario, tendrá que oír en el día del juicio aquellas palabras: *Amigo, ¿cómo has entrada aquí sin el vestido de boda?* (Mt. 22,12). Y entonces enmudecerá... Porque el cielo y la tierra, el agua, el sol, los días y las noches y el mundo entero lo acusarán'. Y aunque callaren, nuestra misma conciencia pondrá la culpa ante nuestros ojos. *Siendo testigo su conciencia y las sentencias con que entre sí unos y otros se acusan o se excusan. Así se verá el día en que Dios, por Jesucristo..., juzgará las acciones secretas de los hombres* (Rom. 2,15-18).

También puede entenderse que el Señor visita su banquete cuando viene a probar a la Iglesia, en cuyo caso las tinieblas exteriores no representan el infierno, sino la herejía y la apostasía, en que fácilmente caen los que no llevan el vestido de la fe y de sus obras. Entonces Dios enviará a los espíritus malos, que son los ministros de sus castigos, y éstos, aprisionando al hombre, esto es, atando sus manías para que no ejecuten el bien y sus pies para que no se muevan del sendero

malo al bueno, nos llevarán a perdernos para siempre en las iglesias del error.